

ROMANCE
DE LOS AMOROSOS SUCESOS
DE
Dⁿ. ANTONIO NARVAEZ,
Y ROSAURA.

PRIMERA PARTE.

A Olvidar vanas memorias,
á divertir pensamientos,
á dar principio à mis ansias
(esta es la verdad, y lo cierto)
sali pues una mañana,
quando Abril de flores lleno
consuela con sus fragancias
los Valles, Montes, y Cerros;
alegre me divertia,
en la maleza, y saliendo
dandole vista à unos montes,
donde pasa un arroyuelo,
que en derretidos crystales
sirve à una Selva de espejo,
y mirando à sus corrientes,
en una sombra me siento,
y al cabo de breve rato,
que estaba sentado veo,
que baxaba por el agua
un Guante à quien yo de presto
le saquè de la corriente,
y sacudiendole veo,

que

que estaba todo bordado
de hebras de oro fino, y terso,
y unas letras que decian:
soy de la hija de Venus.
Confuso quedè al mirarle,
y discurriendo que el dueño
mas arriba quedaria,
y que era muger de cierto,
sigo la fresca corriente,
donde á pocos pasos veo
que entretenida una Dama
estaba con un pañuelo
mojandolo en la corriente:
Elado quedé y suspenso
al ver tan rara belleza
sola en aquellos desiertos.
Ocultème entre unos ramos
quando vide por los mesmos,
que era una Dama de prendas,
y á medio ceñir el cuerpo
tenia una Mantellina
de muy rico Terciopelo,
y un Tapapies de Damasco,
y de plumage un sombrero.
Levantóse en pie la Dama,
diò una vuelta y echò menos
el Guante que yo tenia;
siguió la margen de presto,
y llegando junto á mi
yo salgo de entre lo espeso,
elada quedó de verme,
y dice: Valgame el Cielo!
Si acaso habrà quien me ampare?
Hagalo usted Cavallero.
Yo la dixe: Hermosa Dama,
encanto de estos desiertos,
pasmo de estas soledades,
y de estas selvas Lucero;
què haceis sola en este sitio?
Y me dixo: Cavallero,
sientate y te contarè
mi tragedia en breve tiempo,
porque estás en gran peligro.
Y te digo lo primero
como en Cordoba naci,
y es mi Padre un Caballero,
tan noble pues que venera
la Encomienda de Carrero.
Tiene mi Padre una Quinta
quatro leguas poco menos
de Cordoba, en unos montes,
y situado en lo espeso
de la gran Sierra morena,
que este es mi comun paseo.
Saliendo, pues, una tarde
alegre à tomar el fresco,
y llevando dos criados
llegamos en breve tiempo
no muy lejos de la Quinta,
quando de repente vemos
que estaba junto à nosotros
un bravo animal sangriento,
un Oso, cuya brabeza
causaba temor el verlo;
los tres caimos en tierra,
y quando volvi en mi acuerdo
me hallè en estas espesuras
sin que tuviese remedio,
y para que me alimente
me trae blancos y tersos
panales de miel y cera,
y con ellos me alimento.
Esto es lo que me sucede,
y ahora por Dios te ruego,
que te apartes del peligro,
porque si viene el sangriento
bruto, y contigo me halla
te darà la muerte luego:
Vè á mi Casa y á mis Padres
cuentales este suceso.
Yo le dixe: Hermosa Dama,
què bruto, ni que sobervio
animal será bastante
á librarse del incendio,
ó rayo de mi escopeta?
Y asi si quieres que luego
te saque de este peligro,
levanta y no tengas miedo:
tomandola por la mano
sigo la margen de presto

y al cabo de breve rato
vino el Oso, y la echó menos
y rastreando las huellas
siguiò el monte como un trueno
nos divisó, y diò un bufido
tan grande que te prometo,
que se estremeciò la Selva;
y la Dama en este tiempo
se quedó toda turbada.
Y el irracional sangriento
para quitarnos las vidas
se fue acercando sobervio,
y encrespando la guedeja,
yo asegurando de presto.
dandome licencia el muelle
despidió el Cañon sobervio,
cinco saetas de plomo,
que al animal en el pecho
sin reparar su braveza
le abrieron cinco agujeros,
que por el menor la muerte
cupo anchurosa à entrar dentro:
diò un bufido, y al instante
midió con su cuerpo el suelo.
Y volviendo en si la Dama
me echó los brazos al cuello:
Bizarro joven (decia)
el ser tu esposa prometo
en pago de esta fineza.
Yo le respondí: concedo.
Nos dimos palabra y mano
de esposos, y prosiguiendo
me dice: Toma esta cinta,
que dias ha que la tengo
para el que fuere mi esposo;
y si no quieres creerlo
ella dirá la verdad,
y quedarás satisfecho,
y el Guante que mio tienes
guardalo, que en algun tiempo
podrà ser de que te sirva,
quedate en paz dulce Dueño;
y mira que no me olvides,
que à la quarta noche espero
en mi Quinta en una rexa,
que tiene unos maceteros
de fragantes azucenas;
no haya falta porque espero:
Y á breve rato en el monte
vimos venir con estruendo
nueve hombres á Caballo,
y la Dama conociendo
à su Padre y dos hermanos,
y otros de acompañamiento,
que la venian buscando,
me dice: Querido Dueño,
conviene que ahora te apartes,
porque al menor movimiento
han de quitarte la vida,
y no conviene que à ellos
hagas fuga en este sitio.
Ocultème entre lo espeso
sin ser visto de ninguno:
llegaron en breve tiempo
los que venian à Caballo;
con alegria, y contento,
llegaron y la abrazaron,
y de aquel sitio se fueron.
Yo me quedè en la espesura
confuso, triste y suspenso,
saqué la cinta de seda,
desdoblèla y un letrero
hallè en ella que decia:
El que fuere de esta dueño,
tambien serà de Rosaura
esposo, queriendo el Cielo.
Quedè alegre con la Cinta,
y breve á mi Casa vuelvo,
y montando en un Caballo
una tarde quando Febo
queria ocultar sus luces,
vuelvo á buscar à mi Dueño,
dile pues vista á la Quinta,
y allì me estuve encubierto,
hasta que la obscura noche
tendiera su manto negro.
A un arbol atè el Caballo
porque no anduviera inquieto,
le echè porcion de cebada
en la capa, y con secreto
pa-

paseè toda la Quinta;
lleguè al referido puesto
del balcon, hice una seña,
y la Dama con anhelo
saliò á el balcon y me dixo:
Amante y querido Dueño,
conviene de que esta noche
me saques, porque sè cierto,
de que mi Padre me tiene
prometida á un Cavallero
de Madrid; esto no dudes.
Pero fortuna, ó qué presto
me transformaste en su rueda!
Fue que un Criado à este tiempo
me vido hablar con Rosaura,
entró á dentro como un trueno
dandole cuenta á su Padre,
al punto se previnieron
los que estaban en la Quinta,
Yo que ignoraba el suceso,
me dispararon dos tiros,
pero dieron en el suelo
las balas, y yo animoso
me opuse con todos ellos;
disparo tres caravinas,
y á uno quitè los alientos,
huiendo los dos hermanos
de la Dama, y conociendo
que era una cosa imposible
el seguir con el empeño
de llevarme yo á Rosaura
me escapè de todos ellos.
Fuy donde estaba el Caballo
montè en èl pronto, y ligero,
y á Cordoba di la vuelta;
pero como estaba ardiendo
en amores de Rosaura,
en vivas llamas mi pecho,
se encendia á cada instante
pensando en mi amado dueño.
Quise volver à buscarla,
y de cierto me dixeron
como su Padre agraviado
del referido suceso,
una noche la sacò,
no se sabe donde fueron:
Del modo que yo quedé,
considerelo el discreto,
que en otra segunda parte
darè fin à este suceso.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, Calle de Armas Num. 4.